



EL FUEGO SAGRADO



I

Eran, todavía, los tiempos en que la Humanidad no había perdido (o quizá había recuperado) la sencillez de las costumbres y la candidez en el espíritu; creía en seres fenómenos extraordinarios, como las brujas y los maleficios, los fantasmas y las reencarnaciones; las fuerzas naturales poseían un prestigio misterioso, y las buenas gentes les atribuían cualidades humanas, como sensibilidad consciente y capacidad volitiva para emitir influencias buenas o malas, lo que les suponía capacidad para el amor y para el odio. Era, en fin, aquel tiempo en el que los milagros se impetraban con fervor y se producían con frecuencia, porque la fe era profunda en los corazones sencillos y nadie se atrevía a negar que Dios andaba por el mundo, porque, además de creerlo posible, a veces era cierto.

Pero eran, también los tiempos de las grandes miserias, pues dependiendo la alimentación humana principalmente de la agricultura y de la ganadería, esos mismos elementos naturales, tan temidos como temibles, cual eran el pedrisco, las inundaciones y la sequía, u otros enemigos más alevosos, como las epidemias, dejaban con frecuencia arrasados o estériles los campos, aniquilados los rebaños y sumidas a las poblaciones en largos períodos de hambre.

A veces las enfermedades epidémicas atacaban a las personas, causando grandes mortandades, pues la medicina era una entelequia más que una ciencia, por lo que se hallaba tan desorientada como impotente frente al invisible e inexorable enemigo.

En momentos tan cruciales, quienes, ante una sequía pertinaz, se encontraban amenazados de hambre, o, presos ya de ésta, carecían de alimentos, o, azotados por la peste, se veían rodeados de enfermos y moribundos y sentían en la carne propia clavada la garra del mal que no tenía remedio, era lógico que le buscasen de manera fervorosa, a veces extremada, en las divinas potestades e impetraran su ayuda, movidos por la fe, único sostén de su esperanza. Si es verdad que la fe nace del miedo, también lo es que de la fe nace la esperanza y que ésta es alimento indispensable a nuestro espíritu. Y valga ésto como exordio para el cuento.

II

En la villa de Castellforte, situada en la antigua Carpetania, al sur del Tajo y abierta a la llanura, gime el aire en las tristes calles, herido por el agudo lamento de las madres. Desde hace una semana, la extraña y terrible enfermedad llamada fuego sagrado, fuego del infierno y fuego de San Antonio, ha vuelto a hacer estragos en la población. Ni las procesiones, ni las autodisciplinas, ni cuantos medios y remedios proporcionan la fe y la voluntad o el saber han detenido el avance de la epidemia. Como en otras ocasiones, se ha presentado en los últimos días de septiembre. Primero en una casa, luego en otra, casi siempre en las más pobres, un niño, una mujer o un hombre, han aparecido con un miembro rojo al principio, ennegrecido después, encogido y doloroso, hasta que, tras un proceso rapidísimo de gangrena seca, el miembro se desprende. Pocos de los atacados logran sobrevivir, y quienes lo consiguen, han perdido sus brazos o sus piernas. Como éstos, al desprenderse, poseen un intenso color negro como si estuvieran carbonizados, se le han dado a la enfermedad los nombres que se han dicho antes y se le ha atribuido un origen obviamente misterioso y supersticiosamente infernal.

Las calles están desiertas, todo lo desiertas que los frecuentes entierros, sin más acompañamientos que el de los familiares, permiten. Pero quienes no tienen precisión enexcusable de salir, permanecen en sus casas, aterrorizados, temiendo a cada instante ver aparecer en sus miembros o en los de sus deudos los síntomas de la horrible enfermedad, que recorre invisible y silenciosa, pero implacable y tenaz, las calles y los hogares de la población.

Vemos pequeños grupos de apresurados vecinos, yendo unos y regresando otros, discurrir por el polvoriento camino que llega hasta el cercano cementerio. Una enlutada mujer y un niño de su mano, los dos vestidos pobremente y con muestras de cansancio, se dirigen hacia el lugar. Pasan junto a ellos los demás sin apenas mirarlos. Sin embargo, los rasgos de la mujer, llenos, en su sencillez, de gracia, y su expresión, plena de bondad en su tristeza, merecen una observación más atenta de quienes con ella se cruzan o caminan a su lado. También el niño, de hermosas facciones, grandes ojos castaños y esortijado aunque sucio cabello, tiene una expresión melancólica, que se torna dulce y amorosa cuando mira a su madre. Por sus vestidos y la actitud de los naturales hacia ellos, es evidente que se trata de dos forasteros, dos pobres limosneros, sin duda.

El sol cenital deslumbra al rebotar su luz en el suelo de polvo blanquecino y en las enjalbegadas paredes de las casas. La población, situada sobre dos lomas y la amplia cañada intermedia, se amodorra en la siesta y en el doloroso abandono de su impotencia. En las cercanías, apenas se divisa algún rebaño sesteando en los barbechos y ninguna yunta en las faenas de labranza. Ha terminado la trilla, y los pajonales rebrillan en los rastrojos, que semejan lien-



zos cubiertos de láminas de oro; las eras, que ciñen con sus redondeados y pálidos lunares la población, muestran diversos montones de paja, principalmente de centeno. Tras un verano húmedo y caluroso en demasía, la cosecha de este cereal ha sido copiosa y tan pronto recogida como empezada a moler y a ser consumida, pues se había agotado por completo la anterior.

Los pies de la mujer como los del niño, calzados con gastadas sandalias, pisan ahora lo que empieza a ser calle, cuyo suelo resulta mullido por la mezcla del polvo con la paja que ha ido cayendo en el acarreo desde las eras hasta los pajares. Pasadas las primeras casas, separadas entre sí por huertas y pequeñas olmedas, la calle se ensancha para formar una plazuela irregular. Al pie de un largo muro que hay a la derecha aparece una fuente con cinco caños de bronce, de los que mana un caudal exiguo, y a su lado, un doble pilón, que sirve de abrevadero y de lavadero, recoge el agua de la fuente.

La madre y el niño se lavan las manos y la cara y beben con largueza de sendos caños. Luego se acogen a la incipiente sombra del muro y se acomodan sobre una escalera de piedra. Saca la mujer de la faldiguera un mendrugo de pan y partiéndolo por la mitad, da uno de los trozos al niño, diciéndole con una voz excepcionalmente armoniosa y llena de ternura:

— Hijo mío, comamos el último pan de la caridad mientras descansamos. Debajo de cada año, un profundo alvéolo, horadado en la piedra viva, recoge el agua y la encauza por la atarjea hasta el pilón. Los alvéolos son, a la vez, seguro sostén de los panzudos cántaros mientras se llenan. El desgaste que muestran los gruesos atabores de bronce y las cantareras a pie de caño, destacan muchas generaciones de uso. Es la fuente, sin duda, una de las antigüedades de la ya antigua población.

Mientras la mujer y el niño saborean su parco sustento, de vez en cuando llegan al manantial figuras medrosas y apresuradas de mujeres cubiertas con negros pañuelos, las cuáles llenan sus vasijas bisbiseando oraciones o gimiendo entrecortadas frases ininteligibles. Pocas miran a los forasteros y menos son las que los saludan; concentradas en su dolor o en la angustia de sus temores, les resulta indiferente la existencia ajena, pues siempre el dolor y el miedo fueron egoístas.

Llegan, también hasta la fuente una anciana, de erguida, casi al-tiva figura, vestida con suma, pero aseada pobreza, y un perrillo negro que la acompaña. Lleva la mujer una cesta de mimbre colgada del brazo izquierdo y se apoya con la mano derecha en una especie de alto cayado, que, en ella, más parece báculo sagrado.

Mira la vieja con afectuosa curiosidad a los forasteros, carraspea varias veces para limpiar su garganta, mientras sube al ancho apoyo que se extiende ante la fuente y saluda con voz algo cascada pero clara:

— Buenas tardes os dé Dios.

— Que lo sean para tí, hermana —responde la forastera.

A su lado el niño sonrío, en silencio. El perro se le aproxima, haciéndole fiestas, y, al corresponderle el niño con una caricia, el animal exulta de alegría, corriendo de un lado para otro, y volviendo luego junto al chiquillo, se echa a sus pies, se vuelve panza arriba y se aquieta, mirándole, mientras jadea con la roja lengua fuera.

— Tú eres un niño bueno —apunta la anciana—, pues mi perro sólo juega así con los buenos, y nunca se equivoca.

Se aproxima luego a uno de los caños, se lava las manos y la cara, se enjuaga con un pañuelo y toma asiento junto a los forasteros. Saca de la cesta un puñado de higos gruesos y morados, rajados por la madurez, que rezuma mieles, y ofreciéndoselos a la madre, dice:



— Por vuestro aspecto veo que sois forasteros y que habéis hecho un largo camino. Tomar estos higos para que podáis comer mejor ese pan. Para tí, niño precioso, toma éste, que es el más hermoso de la cesta. Yo soy del lugar, pero como si no lo fuera. Vivo sola. Si queréis dormir aquí esta noche, no busquéis posada, porque nadie os la dará: La espantosa epidemia tiene a la gente hosca y aterrada. Pero yo puedo ayudaros, y, si lo deseáis, al final de esta calle que sube, la más larga del pueblo, a la derecha encontraréis mi casa. Es la última y la más pequeña, conque no os perdereis. Mi nombre en Munia, pero me apodan "La Jorguina", por si necesitáis preguntar. Quedad con Dios...

Y con extraña agilidad para su aparente agotamiento, se incorpora y con digno continente y ágil andar, se aleja calle arriba, acompañada por su perrillo.

Madre e hijo se miran con expresión de mutuo entendimiento y complacencia. El niño conserva en la mano el higo intacto. Dándose cuenta de ello, se le aproxima a los labios en el momento en que se abre la puerta de una casa frontal y aparece una niña con un cántaro en la diestra. Aunque cierra presto, puede oírse gritos sofocados resonar en el interior de la vivienda. La niña está agitada; su rostro, de graciosas líneas, pero algo demacrado, refleja angustia y en sus ojos, grandes y oscuros, como las luengas pestañas, brilla la salobre humedad del llanto.

Salta ágil a la pétrea plataforma de la fuente, mira a los forasteros, primero con leve curiosidad, luego con sorpresa admirativa, y musitando un breve saludo, se dispone a llenar el cántaro.

La señora (a quien no nos hemos atrevido a llamar mendiga, porque su noble figura, su distinción natural y su indefinible gracia nos han impedido darle tal nombre), mira a la chiquilla y con su voz singular le pregunta:

— ¿Hay alguien enfermo en tu casa?

— Sí, señora: Un hermanito mío. Le ha salido el "fuego" esta mañana y quiero llevarle agua para que se refresque. Mi madre ha dicho que no le valdrá de nada; pero yo quiero llevársela. ¡Qué des-pacio sale hoy, Señor!

Nuevamente se miran la madre y el niño, y ambos sonrío. Hace el segundo un leve gesto con la mano que sostiene el higo, todavía intacto, mira al cielo y mueve los labios en un ligero bisbiseo: Casi en el acto el caudal de los cinco caños crece y crece hasta borbotear con la presión de la abundancia.

La niña da un grito, no sabemos si de admiración por el prodigio o si por las salpicaduras del agua desbordada que la alcanzan o si por ambas cosas; pero es su reacción inmediata y de alegría, que expresa con espontánea risa:



— ¡Tú! ¡Tú lo has hecho! ¿Cómo ha sido? ¿Quién eres?

— Luego lo sabrás, querida niña —dijo la madre—. Ahora llévale a tu hermano el agua, y di a todos que beban de esta fuente, y que siembren sus tierras con trigo en vez de con centeno y se coman su pan. Porque así no verán nunca más el “fuego sagrado”.

— Pero, señora, ¡no me van a creer! ¡Ven tú conmigo y se lo dices!

— Sí te creerán porque esos caños confirmarán tus palabras y serán testigos por los siglos y los siglos de lo que has visto. ¿Cómo te llamas?

— Efigia es mi nombre, señora.

— Tu serás mi testimonio, Efigia. Ve en paz y haz lo que te he dicho.

— Toma. Yo te doy este higo para tu hermano. Que se lo coma y se curará.

— ¡Gracias! Tú eres... ¡Tú eres la Virgen María y Tú, el Niño Jesús! ¿A que sí? ¡Gracias, muchísimas gracias por los remedios!

Corre la niña cuanto le permite el cantarillo hasta su casa. Cuenta de forma entrecortada por la emoción cuanto ha visto y oído; pero cuando sale de nuevo a la calle, seguida de sus deudos y aún algunos vecinos, que, desde las suyas, cogen el relato de la niña,



que había dejado al entrar la puerta abierta, los forasteros ya no se ven por ninguna parte.

III

Cuenta la historia, o la leyenda para quienes lo prefieran, que los dos peregrinos no abandonaron la población tan pronto, sino que deambularon algún tiempo por sus calles, más no niega ni afirma, si posaron en la pobre casa, más bien choza, de la anciana Munia “La Jorguina”.

Lo que nosotros hemos podido esclarecer a este respecto, pues así consta en los anales de la villa de Castellforte, hoy Santa Cruz de la Zarza, que los conserva, aunque en secreto, es que la madre y el niño fueron vistos aquella noche a la luz de las estrellas, que resplandecieron de forma extraordinaria sobre la población, compartir el hogar de la anciana y hacer con ella una larga velada en la puerta, para tomar el fresco, según costumbre de la tierra.

Y se agrega que la tal Munia era reputada de adivina y un tanto hechicera, descendiente de otra famosa mujer del mismo nombre, que allá, en tiempos de los gentiles, alcanzó merecida fama de sabia pitonisa en un templo dedicado a Diana en la misma población. Pero nosotros nos ceñimos al rigor de la historia para concluir la nuestra, extraída de los referidos anales.

Por lo que éstos recogen, y se confirman con sólidos testimonios, algunos de los cuáles citaremos oportunamente, cuando la Virgen y el Niño se alejaron de la fuente, no se dirigieron a la vivienda de la vieja Munia, sino que, en efecto, anduvieron por diversas calles de la villa, y ya al caer la tarde, se encaminaron hacia el hogar de la anciana.

Mediado el camino para llegar a su posada, se cruzaron en la calle con un rico señor, que regresaba de cazar perdices, acompañado por un criado que portaba sobre la espalda gran número de piezas.

Dicho señor, además de ser conocido por su riqueza, lo era también por su carácter soberbio y su falta absoluta de caridad. Sólo amaba, y apasionadamente dos cosas: Una hija, joven, buena y hermosa que tenía, y la caza. Pero a su puerta nunca llamaban los menesterosos, porque de antemano sabían que no limosna, sino afrenta de palabra o de obra recibirían si el amo se hallaba en casa. Pero había en ésta un alma buena, la hija del soberbio caballero, la cual compensaba, ocultamente, la carencia que de caridad tenía su padre.

Se acercó a éste la Virgen en demanda de limosna, y fue repelida con palabras y gestos destemplados:

— ¡Mendigos! ¡El mundo está lleno de sucios e importunos mendigos! ¡Quitaos de mi camino, que yo no desperdicio mi tiempo ni mi hacienda con vosotros! ¡Apartaos digo, voto a...!

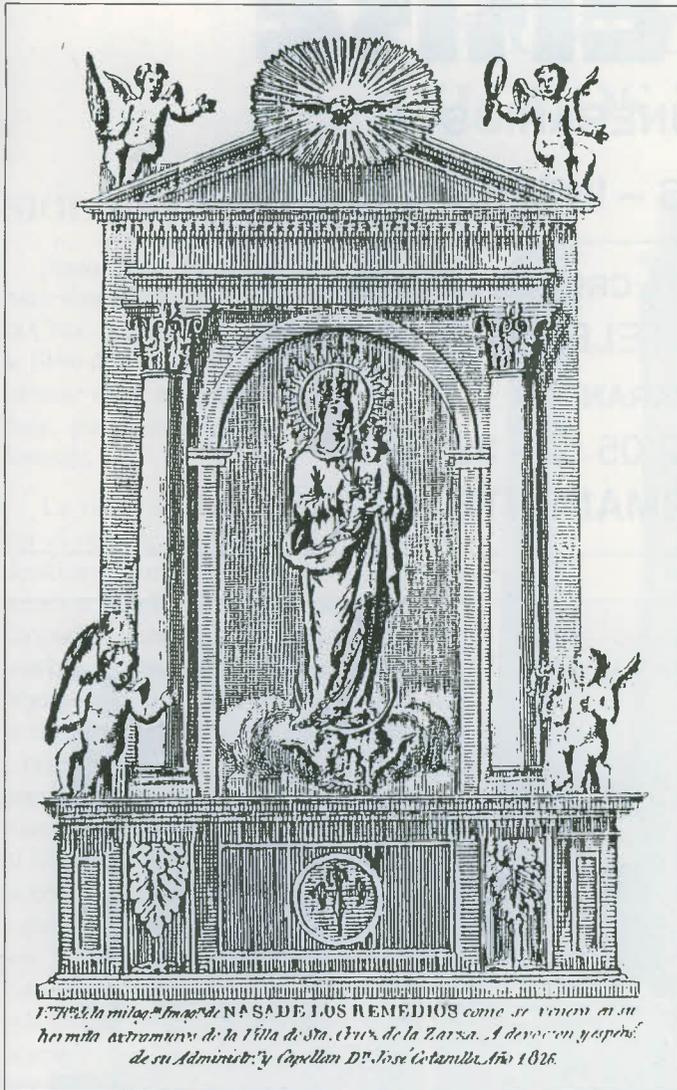
Se hizo la Señora a un lado, dejando libre el paso al caballero, y mirándole con sus limpios ojos, que atrajeron a los de aquel, haciéndole detenerse entre desconcertado y suspenso, le dijo:

— Todos conocen vuestra dureza de corazón. Pero oidme bien: Sólo con la caridad podréis romper las cadenas de esa soberbia que os impide gozar los afectos puros, y sólo con la caridad de vuestros actos podrá tenerla Dios con vuestra alma y vos salvar la carne de vuestra carne, que en estos momentos sufre y agoniza. Ahora marchaos con vuestra altanería y obrad como os plazca.

— ¿Cómo? ¿Qué queréis decir con éso de la carne de mi carne? ¿Acaso os referís a mi hija? ¿Es que no está buena y lozana? ¿Quién sois vos, entrometida mujer, que así os permitis amenazarme?

— Vuestro orgullo irreflexivo quiere ver amenazadas en lo que es una advertencia piadosa. Id, id a vuestra casa y no lleveis a ella

COLABORACIONES



Nuestra Señora de la Milagrosa Innovadora de Nuestra Señora de los Remedios como se venera en su hermita extramuros de la Villa de Santa Cruz de la Zarza. A devoción y expensas de su Administrador y Capellán D. José Cotonilla. Año 1826. (Texto que figura en el grabado de la época).

vuestra arrogancia impía si no queréis también la perdición para vos y para quien tanto amáis.

El caballero, impresionado por las palabras y el timbre extraordinario de la voz que las pronunció, dominando con dificultad su orgullo, en pugna ahora con su inquietud, no atinó a responder razón bien concertada y fuese presuroso, seguido por el criado.

Como para llegar a su casa tenía que pasar por delante de la iglesia que la ciudad dedicaba a la advocación de San Miguel, vio en el atrio, unos sentados y otros echados en el suelo, varios enfermos e indigentes. Algunos de los primeros mostraban la espantosa huella del "fuego sagrado", ya con algún miembro seco y negro, a punto de desprenderse del cuerpo, ya con la mutilación consumada; alguno había que carecía de ambos brazos.

Miró el caballero al grupo de infortunados, cuyos ojos estaban fijos en él, y aunque la impaciencia le devoraba, algo que le había conmovido el fondo del espíritu, emanado de la extraña desconocida, le hizo detenerse, y, tras una breve pero violenta lucha interior, se aproximó a los infelices, que le observaban con diversas expresiones, más ninguna de afecto, y comenzó a repartir entre ellos cuanto llevaba de valor encima; luego se volvió al criado, que tras él se hallaba paralizado por asombro, y le ordenó entregar las dos cuelgas de perdices que portaba a los pobres y enfermos que allí estaban, ahora deshaciéndose en llanto y expresiones de gratitud.

Hecho ésto, prosiguió su marcha, dejando tras de sí un coro insólito de bendiciones, que le hicieron sentir una especie de embriaguez interior desconocida, como una paz luminosa y honda que le llenaba el espíritu, el corazón y hasta el cerebro. La misma rapidez de la transformación le aturdió y enajenaba.

Cuando iba a llamar a la puerta de su palacio, pues palacio era su enorme y bien dotada mansión, percibió una extraña agitación en el interior de la morada. El corazón del caballero se sobrecogió. Pensó en su amada hija. Temió que la desgracia anunciada por la forastera se hubiera consumado, y congoja mezclada con impía desesperación empezó a embargarle.

Pero no duró mucho el cruel momento de las dudas, pues franqueada la puerta, sus deudos le informaron de cómo apenas se había marchado de caza por la mañana, su hija fue atacada por una extraña dolencia, que en pocas horas hizo temer por su vida, pues la violenta calentura la privó del juicio y ora caía en un sopor inquieto, ora deliraba, diciendo extravagancias en las que mezclaba a su padre con Dios y la Virgen; que avisado el médico, hizo cuanto supo y pudo, más sin lograr detener el mal ni averiguar su causa. Y cuando ya se disponía a ir en busca del señor, temerosos de que la enferma falleciera antes de que él regresara, pues a veces lo hacía bien cerrada la noche, sólo unos momentos antes de que llamase a la puerta, la fiebre desapareció tan súbitamente como había llegado, se normalizó el pulso y, salvo una ligera postración, la joven se halló curada y tan bella y lozana como solía.

Desde aquel punto el padre se trocó de altanero en afable y de inmisericorde en piadoso y caritativo, fijando el sábado como día para repartir limosna entre los necesitados, y eran tantos los que acudían a su puerta, seguros de obtener socorro, que se hizo necesario colocar a cada lado de la entrada un alto guardacantón de piedra, unidos ambos con una cadena de hierro, para contener a la muchedumbre de pobres y facilitar el reparto de la comida y la entrega de la limosna en especie que se les daba.

Si el desconfiado lector dudase de lo que relatamos, que vaya a la que era a la sazón Castellforte de Valcominoso y al presente Santa Cruz de la Zarza, y vea en la popular y celebrada "Casa de la Cadena" la confirmación del hecho en el testimonio que aún perdura en ella.

Y si los anales no aclaran, afirman ni niegan que los divinos caminantes fueron aquella noche huéspedes de la vieja Munia, sí dicen que ésta poseía un pequeño huerto junto a su humilde vivienda, y que de la noche a la mañana aparecieron en él dos enormes y fondosísimas higueras, cargadas de fruto, el cual duraba todo el año, inmune a las heladas y demás rigores de la Naturaleza, bastando dicho fruto para el sustento de la anciana, pues con la venta de los higos, de tamaño y calidad excepcionales y muy solicitados por consideráseles obra de milagro, la buena mujer adquiría las pocas cosas más que necesitaba su austera economía.

Añaden que, al morir la anciana, algunos años después, las higueras se agostaron rápidamente y desaparecieron, y que en el solar donde estuvieron casa y huerto, se levantó una ermita, que aún subsiste, dedicada a la Virgen de los Remedios, donde se ve a Nuestra Señora con el Niño en brazos y en una mano de Este, un grueso higo de color morado.

Y, finalmente, dicen los repetidos anales que, desde entonces, nunca más padeció la villa el espantoso azote del llamado "fuego sagrado", "fuego del infierno" o "fuego de San Antonio". Porque, advertidos por la Señora de que el mal les venía de consumir harina de centeno, molido con el venenoso cornezuelo, dieron preferencia al trigo, que Ella recomendó para el cultivo y que hoy, muchos siglos después, tiene merecida fama de dar un pan excelente.

Jerónimo-Gregorio Navarro